

Narrativas en disputa sobre violencia y protesta

De “el movimiento piquetero amenaza desestabilizar el gobierno de Duhalde” a “el anterior gobierno tuvo que adelantar las elecciones por la muerte de piqueteros en el Puente Pueyrredón”

*Marcela Perelman*²⁶

Resumen

El análisis de diferentes versiones construidas sobre un caso emblemático de represión de la protesta social presenta formas en que estas narrativas, aunque opuestas, se constituyen entre sí. Esta trama de versiones sobre los hechos plantea un pasaje de un contexto social previo en el que el par protesta-violencia estaba anclado en forma predominante en la alegada peligrosidad del movimiento piquetero, a un contexto en el que el mismo par encuentra anclaje también en la violencia policial. Pasaje que resulta central de cambios en el posicionamiento oficial frente a la protesta social en los siguientes gobiernos.

Palabras claves: movimiento piquetero, protesta social, represión policial

Summary:

The analysis of different versions around an emblematic event of repression of a social protest presents several ways in which these narratives, though opposite, are constitutive of one another. The net of versions presents a passage from a previous social context in which the conceptual pair violence-protest was predominantly anchored to the alleged menace of the “movimiento piquetero” to a context in which the same pair is also anchored to police violence. This is also a key-passage to the new official policies that the subsequent governments implemented in regards to public demonstrations.

Key words: piquetero movement, social protest, police repression

Recibido: 30.07.2009 Aprobado: 21.10.2009

²⁶ Integrante del Equipo de Antropología Jurídica y Política, ICA, UBA / Instituto de Investigaciones Gino Germani / CONICET.

Introducción

Propongo reflexionar sobre el caso “Puente Pueyrredón” como acontecimiento de articulación, como pasaje, entre discursos y prácticas sobre posicionamientos oficiales en torno de la protesta social. Hablo de “Puente Pueyrredón” para dejar claro que me refiero al *caso*, a la etiqueta que corresponde a la construcción social en torno de la represión del 26 de junio de 2002, durante la que dos manifestantes piqueteros fueron asesinados por parte de funcionarios policiales.

Inicialmente, planteo que puede pensarse el caso como un pasaje de un contexto social previo en el que el par protesta-violencia estaba anclado en forma predominante a una alegada peligrosidad del movimiento piquetero, a un contexto en el que el mismo par encuentra anclaje también en la violencia policial. La propuesta, entonces, es analizar este *pasaje* a través de comparar los relatos sobre lo que anteriormente se (dijo que se) suponía que iba a ocurrir ese día, y las versiones sobre *lo que ocurrió* el 26 de junio de 2002. Comparar relatos que advertían la peligrosidad de lo que ocurriría y aquellos que, luego, cuentan lo sucedido.

A partir de esta comparación busco plantear algunas nociones respecto de cómo las *versiones*²⁷ se han

Agradezco los comentarios, intercambios y sugerencias bibliográficas a María Josefina Martínez, Lucía Eilbaum y Sofía Tiscornia, del Equipo de Antropología Política y Jurídica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, a Enrique Font, de la Universidad Nacional de Rosario y a Gabriel Kameniecki. Sus aportes no sólo me ayudaron a ajustar los argumentos que aquí se presentan, sino también a reorientar y cambiar ciertas conclusiones.

²⁷ En su tesis doctoral la antropóloga María Pita al oponer el discurso de los familiares de

relacionado, constituido, entre sí. Procuró evitar una mirada sobre las diferentes versiones como si compitieran desde campos estancos e intento avanzar en conceptualizar algunas formas en las que las narrativas se contaminan, se fortalecen, convergen en una matriz de relaciones compleja a la que otorgan, y de la que toman, sentidos.

Acompaña este planteo una reflexión sobre los límites del análisis del discurso para dar cuenta de las dinámicas de construcción de narrativas y la necesidad de articular dicho análisis con otras herramientas disciplinares que colaboren en plantear las preguntas adecuadas.

El caso Puente Pueyrredón

Junio de 2002 era un mes crítico en la gestión presidencial interina de Eduardo Duhalde, tanto en referencia a la situación económica como a la conflictividad social. La protesta social, asociada a diferentes acontecimientos de violencia en la historia argentina reciente registraba el muy cercano antecedente de los hechos del 19 y 20

víctimas de la violencia policial con el discurso policial, introduce un nivel de diferenciación entre lo que entendemos por *versiones* y lo que debe identificarse como “historias distintas”: “No se trata de historias contadas desde diferentes puntos de vista, sino de distintas historias. Así, el relato descarnado de los hechos muestra distintas versiones de la misma historia, las versiones policial y militante, pretendiendo imponer diferentes interpretaciones sobre los hechos. Las narraciones de los familiares en cambio, organizadas a partir de un registro donde cobran primacía las emociones y los sentimientos, muestran las redes de sociabilidad, la trama de relaciones sociales pre-existentes a estas muertes que en cierta medida las hizo posibles y que, también, es la trama a través de la cual será posible no sólo acceder al conocimiento de lo sucedido sino organizar la denuncia e impugnación de la violencia” (2007, 21).

de diciembre de 2001, ocurridos sólo seis meses antes, durante los que al menos 30 manifestantes fueron asesinados en el marco de la represión de diferentes protestas. Los anuncios de las acciones de protesta que se llevarían a cabo el 26 de junio recibían diversa atención de los medios y dentro del gobierno. En distintas instancias fue quedando claro que no se trataba de una protesta más, sino de una que marcaría la “unificación del movimiento piquetero”, que implicaba serios riesgos para la gobernabilidad. Fue quedando instalado un relato según el cual las acciones del 26 de junio podían hacer caer al gobierno. Esta “profecía” se escribió en la prensa, se conversó en reuniones de alto nivel del gobierno y se advirtió en informes de inteligencia.

El 26 de junio se llevó a cabo una importante movilización que culminó con dos manifestantes muertos. El gobierno insistió con la versión de la posible acción subversiva²⁸, arrastrando la inersia del clima previo: *la violencia piquetera había escalado, piqueteros*

²⁸ “En la jornada del 27 de junio, las declaraciones oficiales no reconocieron ninguna responsabilidad de las distintas autoridades sino que tomaron otra orientación: Duhalde pidió a la Justicia que se investigara un supuesto complot, o bien, según sus palabras, una ‘maquinación concertada’, que intentó derrocar los poderes constituidos y el orden democrático. Esta nueva posición se fundamentaba en las primeras averiguaciones de las fuerzas policiales y de inteligencia que señalaban que en las agrupaciones piqueteras Corriente Aníbal Verón y el Movimiento Teresa Rodríguez, se había identificado a dos supuestos activistas vinculados con un representante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC). Para argumentar esta toma de posición del gobierno, apuntaron a hechos que parecían fruto de acciones concertadas; a las armas de los piqueteros; al número de víctimas policiales (aunque sólo fueran dos, con heridas ligeras); a supuestas maniobras de emboscadas a policías, que remitirían a conocimiento de ‘lucha armada’ de parte de los manifestantes” (CELS, 2003: 152).

armados habían procurado bloquear todos los accesos a la Capital, el conflicto estallaba en los alrededores de Puente Pueyrredón con dos manifestantes muertos, “más de 30 manifestantes heridos y al menos dos policías heridos, también”, se desconocía el origen de los disparos fatales.

Dos días después, diferentes diarios nacionales publicaron series de fotos en las que con mucha claridad se ve que una de las víctimas fatales, Darío Santillán, estaba aun con vida en la Estación²⁹ Avellaneda cuando policías bonaerenses ingresaron al hall, en contradicción con la versión del comisario inspector a cargo del operativo que es, justamente, uno de los policías que aparecen en las secuencias de fotos. Más aun, la serie de imágenes da cuenta de la ejecución de Santillán por parte de la policía.

El relato, entonces, cambia para los actores: gobierno, policía, medios, movimientos sociales. La imagen de la violencia piquetera cede ante una imagen más clásica de la historia argentina reciente: la represión policial y la manipulación de las pruebas. Con este giro, los hechos del 26 de junio pasan a ser la “Masacre de Avellaneda”, y allí cambia el sentido asignado a la violencia que, entre otros aspectos, pasa de piquetera a policial.

²⁹ La reconstrucción del tiempo que medió entre las tomas fotográficas y su publicación en los principales diarios del país es objeto de discusiones que oscilan entre señalar pactos político-periodísticos y explicarlo a partir de las formas de trabajo entre el periodismo gráfico y el editorial. Resta investigar y analizar la articulación entre estos medios nacionales (Ej. Clarín, La Nación, Página/12) y otros medios (alternativos como Indymedia o el Diario de las Madres, masivos como la televisión) tuvieron en ese lapso que medió hasta la publicación de las imágenes.

Seis días después, el 2 de julio, el entonces presidente interino Eduardo Duhalde anunció el adelanto de las elecciones que estaban previstas para diciembre, a marzo de 2003. Su breve discurso no explicita las razones de su decisión. El análisis de la noticia en diferentes medios reflejó una serie de cuestiones que habrían motivado la decisión y el anuncio. La lista incluye referencias a factores predominantemente asociados a la situación económica y la relación con el Fondo Monetario Internacional³⁰. Con notable menor extensión y énfasis, se menciona como un posible factor concurrente las muertes de la semana anterior³¹ y las marchas de protesta que les siguieron.

Con el tiempo, sin embargo, se instaló fuertemente la idea de que Duhalde tuvo que adelantar las elecciones por las muertes de Kosteki y Santillán. Las referencias a los hechos del 26 de junio cada nuevo 26 y, luego, en cada aniversario, van delineando una “verdad política”, un consenso extendido comienza a cristalizarse hasta llegar al discurso oficial. De hecho, tres años después, el 7 de julio de 2005, en el discurso con el que Cristina Fernández de Kirchner lanzó su campaña a senadora por la Provincia de Buenos Aires, señaló: “El anterior gobierno tuvo que adelantar las elecciones por la muerte de piqueteros en el Puente Pueyrredón”³².

³⁰ El que más cobertura recibía era la necesidad del acuerdo con el FMI que se presentaba como sujeto a gestos de cambio político. El entonces ministro de Economía, Roberto Lavagna, había regresado de un viaje a Estados Unidos con indicaciones en ese sentido.

³¹ Estas menciones no eran necesariamente como “represión”, “asesinato policial” o “gatillo fácil”, sino que abundaban las referencias a la “violencia social”, al “conflicto social”, a los “dos piqueteros que murieron”

³² Página/12, 8 de julio de 2005, “Poner escollos es ser como ‘El Padrino’”.

Frente a estas transformaciones en las *narrativas dominantes* (Smith, 1997: 94), me pregunto por la relación entre relatos según los cuales la gobernabilidad se encontraba amenazada por grupos piqueteros desestabilizantes (cuando no directamente “subversivos”) a otros según los cuales, efectivamente, la muerte de dos manifestantes piqueteros “le costó” el gobierno a Duhalde. Encuentro un pasaje que va de la amenaza de los movimientos sociales a la amenaza de las instituciones de seguridad: el gran riesgo, el costo político mayor, puede provenir de la represión, y ya no (o ya no solamente) de los movimientos protagonistas de la protesta. Propongo pensar estos relatos también como condensaciones de pujas al interior del gobierno, de posicionamientos frente a la protesta social y frente a la policía, formas de contar los hechos que coincidieron, a su vez, con momentos de cambio de las políticas de posicionamiento oficial frente a la protesta.

Estructura de las narrativas legitimantes de la violencia y de negación oficial

Para el análisis de las narrativas me serviré centralmente de herramientas de análisis de Philip Smith – antropólogo– y de Stanley Cohen – sociólogo. Esto implica un desplazamiento de las herramientas “básicas” o “generales” del análisis del discurso hacia algunos abordajes ya sistematizados para el análisis de discursos sobre violencia y, particularmente, sobre violencias del Estado.

Así es que tomo de Smith (1997: 94) su entrada a las concepciones sociales de la violencia a partir de las narrativas:

La teoría narrativa ha demostrado la importancia de las ‘historias’ como marcos que dan forma a representaciones colectivas del mundo, marcos que a su vez informan la acción social [...] En suma, podemos demostrar el significado de las narrativas para la sociedad civil como un recurso que sus miembros usan para dotar la violencia de legitimidad o ilegitimidad.

Las “narrativas maestras predominantes” (*prevailing master narratives*, Smith, 1997: 96) en secuencias históricas específicas, cambian con el tiempo y constituyen permanentemente un campo de disputas. Para analizar pasajes entre narrativas dominantes utilizo la estructura de la *narrativa legitimante* (Smith, 1997: 97-98), que tiene una estructura que puede pensarse en un continuo que va de la defensa propia, a la descripción de los hechos como acciones heroicas en defensa de otros. La violencia debe ser presentada como necesaria, inevitable. La narrativa debe reforzar el contraste entre las motivaciones y cualidades del perpetrador y aquellas del destinatario de la violencia, que deben ser ubicados en un marco narrativo que dé cuenta de la necesidad de la confrontación: “La presencia de un ‘otro-demoníaco’, dedicado a una violencia persistente, es entonces una precondition para el uso de la violencia por parte del héroe”. Smith (1997: 110) presenta tres condiciones de la narrativa legitimante de la violencia que *Estado y sociedad civil* deben alcanzar para legitimar los actos de violencia:

1. la violencia debe presentarse como un último recurso, restringido a niveles mínimos y no deben haber alternativas pacíficas;
2. la violencia debe ser ejercida por una figura cuasi-heroica contra un otro-demoníaco;

3. la violencia debe ejercerse en nombre de razones universales y desinteresadas.

Propongo complementar la estructura de Smith con los recursos argumentativos que Cohen analiza en los discursos de negación que esgrimen los Estados cuando se los acusa de violaciones a los derechos humanos. Cohen (2001: 103)³³ trabaja sobre tres variantes de la negación:

1. la literal (*nada ha pasado*),
2. la interpretativa (*lo que ocurrió es otra cosa*)
3. la implicatoria (*lo que ocurrió está justificado*).

A veces, aparecen en una secuencia visible: si una estrategia no funciona, se intenta con la siguiente. Si la negación literal es contrariada por evidencia irrefutable de que algo efectivamente sucedió –“imágenes de video de manifestantes pasivos siendo ejecutados”– la estrategia puede pasar a reinterpretaciones legales o justificaciones políticas (2001: 103).

Considero pertinente articular las condiciones de Smith con las etapas de negación de Cohen. Mientras Smith plantea ejes interesantes para el análisis de una narrativa dominante en un momento dado, aporta menos elementos para comprender cambios de estrategia en el discurso oficial. Por su parte, Cohen aporta algunas claves para comprender los cambios argumentales del gobierno ante nuevas evidencias y la imposición de una nueva narrativa dominante de los hechos. Complemento, entonces, las condiciones de las narrativas predominantes con el análisis de algunos recursos propios de las

³³ Traducción propia del inglés original.

estrategias de negación interpretativa e implicatoria.

Del riesgo subversivo a la atrocidad policial

El contexto previo al 26 de junio resultaba legitimante de la violencia. El alegado “riesgo institucional” que se predicaba sobre los movimientos sociales es, sin dudas, uno de los rótulos de riesgo de más alto grado para el sistema democrático. En nombre de salvaguardar el ordenamiento institucional, incluso la constitución prevé la suspensión de las garantías constitucionales (como demuestran los clásicos trabajos de Carl Schmitt y Giorgio Agamben sobre el Estado de excepción). Haber inscripto las acciones de protesta del movimiento piquetero como indicios de una escalada hacia el riesgo institucional fue una construcción política fuertemente habilitante de la violencia policial.

El poder legitimante de la defensa propia se encuentra activo en la “inevitabilidad” como fuente de legitimación. Lo inevitable nace justificado: el ataque de otro sobre la propia vida vuelve *inevitable* una defensa violenta. Lógicamente, diferentes narrativas oficiales que legitiman el recurso a la violencia giran sobre su *necesidad* (Elías, 1999 y Smith, 1997)³⁴. Muy cerca de la *inevitabilidad* se encuentra el argumento de la *última ratio*, la violencia como el tribunal superior al que es lícito, *necesario*, acudir cuando se han agotado las instancias, que encuentra su formulación clásica en la cita a Carl von Clausewitz acerca de que la guerra es la continuación de la

³⁴ A partir de esto, Rita Segato (2003, 144) propone rastrear las “señales de evitabilidad” en narrativas que proponen opciones a la violencia.

política por otros medios³⁵. La *necesidad* es, justamente, uno de los recursos que Cohen señala como clásico de la negación oficial implicatoria (2001: 110): “Una justificación menos estridente, es utilitaria y expeditiva [...] El gobierno, a su pesar, actuó por necesidad: defensa propia, defensa nacional”.

Las primeras versiones sobre las muertes de los manifestantes, tanto en los medios de comunicación como en los discursos oficiales, continuaron la matriz narrativa de la peligrosa violencia piquetera que venía sosteniéndose desde los meses anteriores. Cito, primero, el discurso del jefe de Gabinete Alfredo Atanasof en conferencia de prensa en la Casa de Gobierno, la misma tarde del 26 junio:

El Gobierno lamenta con mucho dolor tantos heridos y también los hechos vandálicos [...] hubo encapuchados con armas, con palos, atacando a policías, viviendas y negocios de la zona [...] la Argentina no soporta más violencia, la pacificación es una condición necesaria para superar la crisis [...] [hay que] evitar el caos, porque el caos sólo favorece a los violentos y a los conspiradores, mientras que la paz es el ámbito en el que podemos construir entre todos [...] [hay grupos que buscan] desestabilizar al Gobierno, generar violencia.³⁶

En segundo lugar, el ministro del Interior, Jorge Matzkin, afirmó:

Dichas acciones constituyen un plan de lucha organizado y sistemático,

³⁵ Sobre la ética de la violencia como último recurso, plantea Bobbio (1979, 196): “Existe por otra parte al menos una regla general a la que se adecuan tanto la violencia estatal e internacional, por un lado, cuanto la violencia revolucionaria, por el otro; se trata de la justificación de la violencia como extrema ratio”.

³⁶ La Nación, 27 de junio de 2002, “Duhalde pidió investigar los hechos de violencia”.

que puede llegar a amenazar y reemplazar la fórmula de consenso que la mayoría de los argentinos hemos elegido porque hay otros que prefieren el lenguaje de la violencia [...] amenaza con el derrocamiento de los poderes constituidos y puede poner en peligro más vidas y la totalidad de las instituciones de la República.³⁷

En tercer lugar, el gobernador de la provincia de Buenos Aires justificó el accionar de la policía a su cargo:

"Estos grupos estaban preparados para ir a la guerra y frente a esta actitud de violencia y destrucción la policía bonaerense no puede permanecer pasiva", dijo [el gobernador de la provincia de Buenos Aires] Solá.³⁸

Con matices, los medios gráficos nacionales oscilaron entre hacerse eco de estas versiones y dejar abiertas las preguntas acerca del origen de la violencia letal que ya se sabía que había provocado dos víctimas:

Diario La Nación

Más que una manifestación de la crisis social, el movimiento piquetero es una manifestación fronteriza –y por cierto violenta e inaceptable– de la política. [...] En esto, resultaría impropio ser asertivos, porque con otra Argentina, tan distinta de la actual, ¿por qué se produjo la subversión de los años 70?³⁹

Diario Clarín

Previsiblemente, la SIDE y las fuerzas de seguridad eligieron una hipótesis que los exculpa para justificar la represión de ayer. "Se

mataron entre ellos", fue la respuesta oficiosa que dio el Gobierno. En la misma sintonía se movieron la Policía Federal y la Bonaerense. Oficialmente, todos negaron saber el origen de las balas. En cambio, los piqueteros y algún funcionario escéptico coincidieron en avalar una hipótesis contrapuesta [...]

Esta teoría deja abierta la puerta para suponer que las balas que ayer provocaron dos muertes podrían haber salido de las armas de las fuerzas de seguridad.

Ninguno de los sectores implicados pudo mostrar pruebas para probar una u otra hipótesis. Las únicas certidumbres son la decisión del Gobierno de endurecer su política de seguridad y la de los piqueteros de radicalizar la protesta. Entre estas dos posturas divergentes, postales del país en crisis, ayer estalló la violencia.⁴⁰

Diario Página/12

Por lo que se sabe hasta ahora, cayeron escapando de la policía, uno de ellos porque decidió auxiliar a otro herido, los dos bastante después de iniciado el operativo de represión que la bonaerense desató en la bajada del Puente Pueyrredón como inicio de una cacería que prolongó durante varias horas por las calles de Avellaneda.⁴¹

La fuerte carga respecto de la responsabilidad piquetera en la violencia a desplegarse/desplegada el 26 de junio de 2002 comenzó a revertirse a partir de la emergencia de evidencias fotográficas de la ejecución de Santillán. Este momento marca un cambio en las estrategias de negación oficial, cuando la evidencia irrefutable obliga al gobierno a cambiar sus argumentos.

³⁷ La Nación, 27 de junio de 2002, "Matzkin: 'No hay lugar en nuestra Argentina para los violentos'".

³⁸ La Nación, 29 de junio de 2002, "Solá: 'Franchiotti me mintió; contó sólo una parte de la verdad'".

³⁹ La Nación, 27 de junio de 2002, "Crónica de una violencia anunciada".

⁴⁰ Clarín, 27 de junio de 2002, "La violencia no sorprendió a la SIDE ni a la Policía".

⁴¹ Página/12, 27 de junio de 2002, "La cacería policial terminó con dos muertos a balazos".

Según las etapas de negación oficial que propone Cohen, el momento de la negación implicatoria cede entonces ante la negación interpretativa, uno de cuyos recursos más habituales es el *aislamiento de los victimarios*: “el gobierno concede lo sucedido y acepta responsabilidad, pero niega el carácter sistemático, rutinario o reiterado que se le puede atribuir al hecho” (2001: 107-109). Las antropólogas María Josefina Martínez y Lucía Eilbaum destacan el mismo recurso en el ámbito local: “En Argentina las explicaciones de la violencia policial en tanto hechos aislados encuentran todavía un gran eco, tanto en las declaraciones de funcionarios policiales como de responsables políticos” (1999: 8).

Con las imágenes publicadas, el entonces presidente Duhalde concedió: “Aparentemente, quienes deben custodiar el orden son los que llevaron a cabo esta atroz cacería”⁴². Y, unas horas después: “Cuando pasa este tipo de cosas, cuando un hombre actúa tan mal, perjudica a toda la policía”⁴³. La peligrosidad que se predicaba sobre las agrupaciones perdió potencia en el discurso político. De esta forma, la *inevitabilidad* y la *necesidad* fueron matizándose en el horizonte de verosimilitud y los hechos pasaron a integrar la extensa tradición de las verdades falseadas en nombre de “la seguridad”.

Por su parte, los medios que habían sostenido el discurso más estigmatizante

⁴² La Nación, 29 de junio de 2002, “Duhalde: ‘Fue una cacería atroz’”.

⁴³ El recurso argumental de aislar a un responsable como negación del carácter sistemático de una violación de derechos por parte del Estado, que aquí planteo en relación con la primera condición de Smith, volverá a plantearse más adelante también en relación con los intereses que se alegan sobre los actores de la violencia.

de las acciones de protesta social retomaron su posición anterior con mucho mayor persistencia que los dirigentes. En este sentido, la columna editorial del diario La Nación luego de la publicación de las imágenes fortaleció su posición anterior:

Los dolorosos enfrentamientos que se han registrado en estos días como consecuencia de los disturbios causados por grupos piqueteros - muchos de ellos con el rostro cubierto, como en los tristes tiempos de la subversión terrorista⁴⁴ deben encontrar una inmediata respuesta en la conciencia moral de los argentinos. La sangre que se ha derramado, trágico signo de la recurrente incapacidad de cierta dirigencia gremial para encontrar vías pacíficas de negociación, debería generar en la sociedad una reacción inmediata, tendiente a modificar de raíz los hábitos de violencia que se están instalando en el campo de la protesta social [...] Es lamentable, en ese sentido, que dirigentes [...] hayan respaldado el comportamiento de los grupos que iniciaron los disturbios en el puente Pueyrredón y sus inmediaciones y hayan enjuiciado con severidad a la policía por los métodos de que se valió para contenerlos. [...] Quienes conducen los movimientos de protesta social deben ser, a su vez, hoy más que nunca, cuidadosos y reflexivos. El precio que hay que pagar cuando esa responsabilidad se descuida se mide, con frecuencia, en vidas humanas, como se comprobó dolorosamente anteaer.⁴⁵

Del ojo de Franchiotti a la sonrisa de Quevedo

La segunda condición que señala Smith establece que en las narrativas legitimantes “la violencia debe ser ejercida por una figura cuasi-heroica

⁴⁴ Sobre las concepciones de sobre la protesta social como acciones irregulares, ver Perelman, 2009.

⁴⁵ La Nación, 29 de junio de 2002, “Desterrar la violencia”.

contra otro-demoníaco”. En la secuencia de las narrativas del caso analizado estas posiciones se van invirtiendo, hay un intercambio entre el espacio de las víctimas y el de los victimarios, se invierten *héroes* y los *demonios* cuando las relaciones sociales comienzan a cambiar sus signos.

Se puede focalizar esta transición en el pasaje entre dos imágenes que resultan paradigmáticas de una y otra narrativas: por un lado, el ojo ensangrentado del comisario Franchiotti difundida el día de los hechos; en oposición, la supuesta sonrisa del oficial principal Carlos Jesús Quevedo junto al cuerpo agonizante de Maximiliano Kosteki, difundida junto a la serie de fotos de la ejecución de Santillán.

En la primera imagen se ve al comisario Franchiotti el mismo 26 de junio de 2002 con el ojo sangrando. Los relatos periodísticos abundan en referencias a este detalle:

Cuando el comisario inspector Alfredo Fanchiotti comenzaba a dar una conferencia de prensa en la puerta de la guardia médica para *explicar los episodios* que habían ocurrido minutos antes en el puente Pueyrredón, *fue agredido por familiares de los piqueteros* heridos y tuvo que ser atendido por personal médico. El jefe policial se preparaba para dar explicaciones cuando, *sin mediar palabra alguna, recibió un puñetazo en la cara. Dos personas fuera de control lo hirieron en el rostro.* En el acto Fanchiotti *comenzó a sangrar.* Tuvo que ingresar en la guardia médica para ser atendido por los profesionales del nosocomio. Según el parte médico oficial, el comisario inspector "sufrió una herida cortante [...] Franchiotti ya *había sufrido lesiones leves cuando fue*

*alcanzado por un proyectil en el puente Pueyrredón.*⁴⁶

Las heridas, la sangre de Franchiotti, no sólo lo presentaban como un héroe, también probaban el origen de la violencia cuando todavía estaba en duda quiénes habían disparado contra Kosteki y Santillán. En otras palabras, su ojo ensangrentado era una evidencia que se presentaba para sostener la versión de los hechos anclada en la violencia piquetera. El diario La Nación cita a Franchiotti:

“Piqueteros y agitadores venían preparados para pelear. Con armas de fuego, palos y pasamontañas [...] Fuimos agredidos con objetos de todo tipo, entre ellos armas de fuego [...] Nosotros usamos en todo momento postas de goma. Pero escuchamos disparos de armas de fuego. Los manifestantes estaban con handies y con filmadoras [...] Fue muy parecido a diciembre último. Sobre todo por la violencia y los saqueos”, agregó Franchiotti, *con el ojo aún ensangrentado.*⁴⁷

El otro-demoníaco aparece ya en estas descripciones como “*familiares de los piqueteros que sin mediar palabra alguna y fuera de control golpearon al comisario en la cara*”. Pero, aun en forma más directa, la descripción predominante proveniente del *Estado* y de la *sociedad civil* era:

“Esta gente venía con toda la intención de pelear con nosotros... Con palos, armada, con trapos cubriendo su cara. No digo que se trataba de un ejército, pero es gente que iba a combatir”, señaló luego el comisario Franchiotti.

"Estos grupos estaban preparados para ir a la guerra y frente a esta actitud de violencia y destrucción la policía bonaerense no puede permanecer

⁴⁶ La Nación, 27 de junio de 2002, “Golpearon a un jefe policial en un hospital”.

⁴⁷ La Nación, 27 de junio de 2002, “El puente Pueyrredón fue un amasijo de palos, piedras y balas”.

pasiva", dijo [el gobernador de la provincia de Buenos Aires] Solá.⁴⁸

Enrique Pini, un vecino de Avellaneda que se presentó a declarar tras los sucesos, relató a LA NACION que vio cómo dos piqueteros arrojaban armas de fuego a la calle durante su huida.⁴⁹

“Hay algunos sectores mesiánicos que buscan desplazar con mecanismos de la violencia el funcionamiento democrático”, afirmó el vocero presidencial Eduardo Amadeo en referencia a las organizaciones piqueteras.⁵⁰

La imagen del ojo ensangrentado de Franchiotti refuerza su condición de héroe, de mártir y de víctima de la violencia, mientras subraya que los victimarios son los manifestantes piqueteros. Pero si el ojo ensangrentado de Franchiotti es el estigma que prueba su carácter heroico⁵¹ y el origen piquetero de la violencia, un día después la sonrisa del policía Quevedo será la prueba de la inhumanidad, del carácter demoníaco de la policía. En la fotografía aparece el policía bonaerense Quevedo con una expresión ambigua – ¿sonriendo?– junto a Maximiliano Kosteki gravemente herido. La imagen integra la serie sobre la ejecución de Santillán en la estación, en la que también se ve a los policías alterando la escena. Numerosas descripciones se detuvieron en el detalle de la supuesta sonrisa de Quevedo, un gesto que se

ofrece como prueba de su crueldad, revierte el sentido de la violencia, presenta a la policía como demonio y les devuelve el lugar de mártires a las víctimas:

Un odio que también se hizo visible para todos en aquella terrible sonrisa en la boca del policía federal que exhibía como un trofeo de caza el cuerpo muerto de Darío Santillán.⁵²

El muchacho queda con los brazos y los ojos abiertos, y empieza a perder más sangre. Se arma un segundo charco. Sus manos, sus manos de artista, siguen con guantes negros. El policía mira a otro fotógrafo y hace una mueca que parece una sonrisa.⁵³

El ex oficial es aquel que aparece en una foto que recorrió el mundo, donde se lo ve agachado al lado de Kosteki agonizante, con una sonrisa de oreja a oreja.⁵⁴

Después, cuatro efectivos, que lejos de tener una actitud de asistir a un herido, arrastraron el cuerpo. Voy hasta el hall y ahí también veo a un policía arrastrar a Kosteki. Lo acercó más al cartel y le levantó las piernas, en ese momento tomé la imagen con mi cámara, se sonreía, parecía un cazador con su presa" (el oficial mencionado es Carlos Quevedo, y elevaba las piernas del herido para que este se desangre más rápido).⁵⁵

Este es el momento en el que se impone un cambio de signo de argumentos y relaciones. El impacto de las imágenes publicadas, la falsación pública del relato sostenido por los

⁴⁸ La Nación, 29 de junio de 2002, “Solá: ‘Franchiotti me mintió; contó sólo una parte de la verdad’”.

⁴⁹ La Nación, 27 de junio de 2002, “Dos muertos al enfrentarse piqueteros con la policía”.

⁵⁰ Página/12, 3 de julio de 2002, “La violencia siempre es piquetera para el Gobierno”.

⁵¹ Queda pendiente ampliar sobre las implicancias simbólicas de “la sangre en el ojo” de Franchiotti. Existen diferentes referencias hagiográficas que merecen un detallado análisis: ej. la lanza de Longinus, la sangre del martir.

⁵² Página/ 12, 16 de abril de 2005, “Camila, Ezequiel, Darío, Maximiliano”.

⁵³ Clarín, 30 de junio de 2002, “Qué pasó en Avellaneda, la estación de la muerte”.

⁵⁴ La Vaca.org, 19 de noviembre de 2005, “Dos tipos audaces (y cínicos)”.

⁵⁵ Prensa de Frente, Diario del juicio, 25 de Agosto de 2005, “El Gobierno había llegado a un punto sin retorno. Se preveía la represión” declaró el fotógrafo que estuvo en la estación. Esta fuente reproduce el testimonio del fotógrafo Sergio Kowalewsky, quien registro la ejecución de Darío Santillán.

funcionarios y responsables políticos y por las instituciones policiales, se erige en bisagra y crisis estructural e impactará en los posicionamientos posteriores. Resulta interesante pensar la “metamorfosis” de Franchiotti, como cara de la institución policial, “de ser de veneración a objeto de hostilidad” (Sahlins, 1997: 106).

El gobierno abandonó, con las evidencias publicadas, los dos ejes de su discurso anterior (que los manifestantes se habrían matado entre sí y que organizaban un plan de desestabilización nacional) para centrarse en la responsabilidad policial. Así lo hicieron el jefe de Gabinete y el Presidente una vez publicadas las imágenes:

“La familia argentina está de luto y desgraciadamente quienes deben custodiar el orden son los que cometieron esta atroz cacería”, dijo el Presidente en el acto de los prefectos.⁵⁶ “Deseo descartar cualquier vinculación entre cómo ocurrieron los hechos de violencia que llevaron a la muerte de los chicos y la intención de los grupos minoritarios que apelan al caos y que hablan de situación prerrevolucionaria. Más que de complot, debemos hablar de los indicios que hoy (por ayer) aparecen en los testimonios gráficos de los medios”, dijo [el jefe de Gabinete Atanasof] a la prensa en la Casa de Gobierno.⁵⁷

El predicar ciertas acciones sobre un sujeto, como alegar que sonríe junto a un joven que agoniza, permite inscribirlo como bestial o inhumano:

hay un “repertorio desviado de las ‘conductas extrañas’ de las personas” y hay acciones que quedan por fuera de

ese repertorio, que “no pertenecen ‘al hombre’”.⁵⁸

Finalmente en un acto difícil de comprender para cualquier ser humano, Quevedo y Colman levantaron las piernas de Maxi Kosteki con la única intención de que se desangrara.⁵⁹

Hay acciones violentas consideradas “humanas” y otras, que no. Y esta oposición humanidad-inhumanidad no se apoya necesariamente sobre lo que podría considerarse como el hecho más grave de la violencia, dar muerte, sino sobre otros rasgos de las acciones⁶⁰, en particular es en referencia al accionar frente a los cuerpos agonizantes o muertos (llamar o no a una ambulancia, cubrir o no los cuerpos, estar desesperado o sonreír, agredir a los cuerpos muertos) que se establece un límite⁶¹. La sonrisa de Quevedo es,

⁵⁸ Página/ 12, 16 de abril de 2005, “Camila, Ezequiel, Darío, Maximiliano”.

⁵⁹ Prensa de Frente, Diario del juicio, 23 de Noviembre de 2005, “Declaró el imputado Quevedo y Fanchiotti desistió de ampliar su testimonio”.

⁶⁰ Sobre “la divisoria moral entre lo humano y lo no-humano”, ver el capítulo “El ‘Musulmán’”, en Agamben, 2000, pp. 41-89

⁶¹ He desarrollado este aspecto desde las marcas discursivas que indican umbrales de tolerancia y las concepciones de violencia que suponen en el artículo “La crueldad y otras dimensiones de excepcionalidad en discursos sobre hechos de violencia” (2008). Por su parte, Pita señala (2007, 105): “Que sea la forma de matar, y no la sola referencia a la acción de matar, lo que aparece de manera recurrente y con un peso significativo tanto en los relatos de los familiares, así como en los actos de protesta, coloca la pregunta de si, acaso, existe una forma de matar que puede ser aceptada. Y esto, lleva a considerar especialmente el universo de preferencia de estas expresiones y su anudamiento con la pertenencia a un grupo social determinado. Ya que, mientras para algunos grupos sociales, la sola denuncia del acto de matar –el ejercicio de la violencia policial- resulta por sí misma inadmisibles por impensables; en otros –aquellos expuestos de manera cotidiana a la pura violencia del poder policial-, el señalamiento de la forma de matar,

⁵⁶ Página/12, 29 de junio de 2002, “El día que el Gobierno reconoció que hizo ‘todo mal, un desastre’”.

⁵⁷ Página/12, 29 de junio de 2002, “El día que el Gobierno reconoció que hizo ‘todo mal, un desastre’”.

entonces, una prueba que sostiene la narrativa de la “atroz cacería policial”.

Si la sangre en el ojo de Franchiotti probaba, entre otros supuestos, el origen piquetero de la violencia letal, la sonrisa de Quevedo se ofrece como prueba de la crueldad policial. Se da en estas narrativas el intercambio de posiciones entre héroes y demonios, clave en la disputa entre narrativas legitimantes de la violencia.

De “evitar la insurrección” a “la venganza personal”

Hemos visto ya que desde días anteriores al 26 de junio venía construyéndose la idea de que el movimiento piquetero organizaba un plan de desestabilización nacional que tendría en la marcha convocada para el 26 un capítulo decisivo, hipótesis que tenía como respaldo un informe de inteligencia. Según explica Gerardo Fernández, abogado del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) querellante en el juicio por los hechos de Puente Pueyrredón, a los pocos meses de iniciado el juicio oral, el entonces presidente Néstor Kirchner autorizó la apertura de los archivos secretos de la Secretaría de Inteligencia (SI). En ellos figuraba un informe dirigido a Duhalde, elaborado por agentes de la SI, que daba cuenta de la actividad y los propósitos de las organizaciones de desocupados que participarían de la movilización. El informe concluía con una recomendación al Poder Ejecutivo para que actuara “con la mayor firmeza” frente a las protestas que se desarrollarían durante esa jornada ya que éstas constituirían “un caso testigo por lo cual se hacía imprescindible

que alude a ser muerto como un perro, es el límite ante el cual la muerte se presenta como inaceptable”.

defender la autoridad del Estado”⁶² (Fernández, 2007).

Los gobiernos nacional y provincial habían sostenido públicamente esta posición al explicar los motivos por los que la represión había sido *necesaria*. Frente a una amenaza desestabilizante tal, las razones de la violencia oficial se presentaban como universales y no como sectoriales.

“Estos grupos estaban preparados para ir a la guerra y frente a esta actitud de violencia y destrucción la policía bonaerense no puede permanecer pasiva”, dijo [el gobernador de la provincia de Buenos Aires] Solá.⁶³

Dichas acciones constituyen un plan de lucha organizado y sistemático, que puede llegar a amenazar y reemplazar la fórmula de consenso que la mayoría de los argentinos hemos elegido porque hay otros que prefieren el lenguaje de la violencia [...] amenaza con el derrocamiento de los poderes constituidos y puede poner en peligro más vidas y la totalidad de las instituciones de la República.⁶⁴

“Hay algunos sectores mesiánicos que buscan desplazar con mecanismos de la violencia el funcionamiento democrático”, afirmó el vocero presidencial Eduardo Amadeo en referencia a las organizaciones piqueteras.⁶⁵

⁶² Se determinó durante el juicio oral que este informe se elaboró luego de que agentes de la SI relevaran la información surgida de la Asamblea Nacional Piquetera, realizada los días 22 y 23 de junio de 2002, en el Estadio Gatica de Villa Dominico

⁶³ La Nación, 29 de junio de 2002, “Solá: ‘Franchiotti me mintió; contó sólo una parte de la verdad’”.

⁶⁴ La Nación, 27 de junio de 2002, “Matzkin: ‘No hay lugar en nuestra Argentina para los violentos’”.

⁶⁵ Página/12, 3 de julio de 2002, “La violencia siempre es piquetera para el Gobierno”.

Sin embargo, el pasaje a otras narrativas dominantes sobre estos hechos de violencia incluyó la desestimación de las motivaciones de defensa institucional esgrimidas oficialmente, y comenzaron a imponerse, en forma opuesta, motivaciones personalísimas de los funcionarios que participaron de la ejecución (que había sido fotografiada):

Los hombres más cercanos al presidente Eduardo Duhalde comenzaron a bajar el tono respecto de que las dos muertes en Avellaneda fueron el producto de un complot para derrocar los poderes constituidos [...] La tesis del complot fue alentada por los ministros que más simpatizaban con la mano dura.⁶⁶

En ese contexto, las heridas de Franchiotti dejaron de funcionar como prueba de su heroísmo para constituir la evidencia de su ira personal y su búsqueda de venganza:

En ese instante, el comisario inspector Alfredo Franchiotti descerraja su instinto más violento dentro de la estación Avellaneda. Es un trueno, con una mancha de sangre seca del lado izquierdo de su cuello. Lidera una pequeña patrulla de policías dispuestos a todo.⁶⁷

El fiscal González incorporó varias fojas al expediente por la muerte de los piqueteros. Según informó el abogado Claudio Pandolfi, de la Coordinadora Aníbal Verón, varios testigos declararon que "el comisario Franchiotti insultaba a Santillán. Otros vieron cuando el oficial disparaba a los manifestantes".⁶⁸

Si en la sección anterior se articula el pasaje entre la sangre de Franchiotti y la sonrisa de Quevedo, en

este se plantea un pasaje de la sangre de Franchiotti a... la sangre de Franchiotti. Este rasgo es recuperado, el foco en las heridas del policía es un recurso polivalente en los argumentos. Según Eilbaum (2009), "como en toda narrativa de la cual participan varias voces, hay puntos comunes, que se instalan como referencia, y otros divergentes". En este caso la referencia común es justamente eje de las divergencias.

También en esta dimensión La Nación se mantuvo en su discurso previo manteniéndose a "la derecha" del gobierno que dirigió la letal represión. Encuadrando el argumento en una consecución aparente (van Dijk, 2003: 64) a "los abusos o delitos en que puedan haber incurrido [los policías bonaerenses] al ejecutar su cometido", retomó:

De todos modos, debe insistirse en la responsabilidad subyacente del grupo extremista que condujo la protesta. El artero ataque físico de que fue objeto el comisario que comandó el desalojo -finalmente detenido por sus eventuales responsabilidades penales, que deberán ser investigadas a fondo- y los inútiles y gravosos daños materiales causados en el vecindario demuestran a las claras el evidente grado de peligrosidad de los autores de la protesta.⁶⁹

El abandono de la tesis del complot por parte de la dirigencia y el acento en la animosidad personal de Franchiotti contra Santillán no tardaron en utilizarse para desdibujar la responsabilidad institucional y reducir el homicidio al *hecho aislado de un hombre* (como ya hemos visto al presentar el recurso del aislamiento, Cohen 2001: 107-109 y Martínez y Eilbaum 1999: 8). De hecho, en el mismo movimiento argumental Duhalde

⁶⁶ La Nación, 30 de junio de 2002, "Retrocede la tesis del complot de piqueteros".

⁶⁷ Clarín, 30 de junio de 2002, "Qué pasó en Avellaneda, la estación de la muerte".

⁶⁸ Clarín, 29 de junio de 2002, "Ya son tres los policías bonaerenses detenidos".

⁶⁹ La Nación, 29 de junio de 2002, "La búsqueda de la paz social".

abandona la negación interpretativa anterior (la necesidad de actuar contra el complot) que, de sostenerla, lo hubiera forzado a rendir cuentas sobre una represión premeditada. Frente a esto, su estrategia de negación pasa a ser la del aislamiento del victimario:

Duhalde elogió la actitud del gobernador Felipe Solá. "Actuó muy rápidamente", al detener a los policías sospechosos de los homicidios, dijo. Reiteró que el objetivo principal del Gobierno es "preservar el orden y decirle no a todo tipo de violencia", y relativizó las hipótesis sobre un supuesto complot contra su gestión enunciadas días atrás por algunos funcionarios, ya que consideró que la actuación de algunos policías fue "un hecho aislado". "Cuando pasa este tipo de cosas, cuando un hombre actúa tan mal, perjudica a toda la policía", dijo.⁷⁰

Las tres condiciones de Smith se presentan como no necesariamente secuenciales ni lineales, pueden fortalecerse entre sí o, incluso, reemplazarse. Por ejemplo, Duhalde abandona las referencias a la *necesidad* ya que estas presuponen, arrastran, cierto nivel de planificación de la violencia de Estado. Ante las evidencias fotográficas, deserta de este argumento para sumarse a una nueva narrativa de los hechos, incorporando la *negación interpretativa* del aislamiento.

El desafío de dar cuenta de la emergencia de las fotografías de la Estación.

Como ya he señalado y marcado en las citas periodísticas, las narrativas se transforman con *las fotografías de la Estación*. Es posible identificar marcas lingüísticas y semánticas que este *hecho* ha dejado en la prensa y en los discursos

oficiales. Sin embargo, el acontecimiento de la *emergencia* de las imágenes es de una densidad no abarcable por las huellas en el discurso.

Voy a hacer dos digresiones disciplinares para desarrollar mi argumento. A través de una analogía con la antropología de las sociedades tribuales y otra con la teoría literaria, quisiera avanzar en el planteo de la crisis que la aparición pública de estas imágenes supuso para el desarrollo de los hechos y el desafío que presenta para dar cuenta de este acontecimiento en términos teóricos.

Primero, propongo pensar el posicionamiento de los responsables políticos, la policía y los principales medios frente a las muertes de los manifestantes con la lógica subyacente a los juicios por "juramento colectivo" que Ernst Gellner (1997) analiza a partir de su uso en sociedades tribuales, en ámbitos en los "que el conflicto no está enteramente sujeto a reglas legales impuestas" (Gellner, 1997: 200), tal como puede plantearse el ámbito del uso de la fuerza policial en el contexto de protestas sociales en 2002:

El juramento colectivo es una institución muy común. La idea es simple: si un miembro del grupo A acusa a un miembro del grupo B de un delito [...], luego lo justo o lo injusto de la acusación se decide pidiendo al acusado y a un determinado número de sus parientes que atestigüen solemnemente en un lugar sagrado la inocencia del acusado. Si así lo hacen, se considera que el acusado es inocente; si los parientes o alguno de ellos se niega a jurar o comete algún error en el curso de la ceremonia, el acusado se considera culpable.

Aunque en un primer acercamiento desde nuestro sistema de justicia (que justamente excluye a los familiares e interesados del ámbito de los jueces admisibles) este sistema

⁷⁰ La Nación, 30 de junio de 2002, "Repudio total a las actitudes de violencia".

parece inútil, entre otras cosas dado que “aquellos que están más inclinados a absolverlo [al acusado] se convierten en sus jueces” (Gellner, 1997: 196), el sistema se presenta como no determinado de antemano, ni inútil: “su desenlace no es siempre obvio”. Más aun, los principios subyacentes al sistema se encuentran presentes, según Gellner, en sociedades no tribuales y en circunstancias muy diversas como las votaciones en Naciones Unidas y la organización de huelgas. Según Gellner, lo esencial del funcionamiento de este sistema:

es el hecho de que el testimonio sea público y solemne, lo cual presenta una oportunidad importante, o hasta la provoca, para que la opinión pública tome partido por aquellos que iniciaron la causa, o bien contra los que están acusados (Gellner, 1997: 199-200).

Y es esta clave que plantea Gellner, la tensión entre la lealtad al grupo y el costo al que se expone frente a otros grupos si el juramento se demuestra falso ante la opinión pública, lo que permite la reflexión acerca del pasaje entre narrativas dominantes y de poder en nuestro caso. Análogamente, en el contexto de las primeras versiones, las policías, los medios y los políticos dirigentes (nacionales y provinciales) “juran colectivamente” a favor de la inocencia de la policía o, más precisamente, los erigen en víctimas y acusan a los manifestantes de ser autores de la violencia. Se comportan como un clan y en diferentes ocasiones ceremoniales y solemnes (conferencias de prensa, declaraciones oficiales, crónicas y editoriales periodísticos) ofrecen su juramento a favor del accionar policial.

Hasta aquí, la analogía se sostiene. Sin embargo, se agota cuando intentamos dar cuenta de la aparición de fisuras en el juramento colectivo. Para

Gellner, los elementos decisivos para la deserción de los integrantes del grupo debe rastrearse al interior del colectivo, como en “la convicción [o no] de que otros también están permaneciendo leales al grupo”. Por el contrario, nuestro juramento colectivo se fisura por la emergencia de un testimonio impensado como es el de las evidencias fotográficas. Esta situación rememora mejor la escena del juicio adversarial, tan evocado en las películas estadounidenses, en la que a último momento la estrategia de la querrela se deshace ante la evidencia presentada por la otra parte, lo cual revierte la inminente injusticia y hace surgir una nueva “verdad” ante el jurado.

Para la digresión literaria me serviré de la *Tesis sobre el cuento. Los dos hilos: Análisis de las dos historias*, de Ricardo Piglia. En este conocido ensayo, el autor plantea que existe una escisión “clave para definir el carácter doble de la forma del cuento”, que deriva en que “un cuento siempre cuenta dos historias”. Así:

El cuento clásico (Poe, Quiroga) narra en primer plano la historia 1 [...] y construye en secreto la historia 2 [...]. El arte del cuentista consiste en saber cifrar la historia 2 en los intersticios de la historia 1. Un relato visible esconde un relato secreto, narrado de un modo elíptico y fragmentario. El efecto de sorpresa se produce cuando el final de la historia secreta aparece en la superficie.

Cada una de las dos historias se cuenta de un modo distinto. Trabajar con dos historias quiere decir trabajar con dos sistemas diferentes de causalidad. Los mismos acontecimientos entran simultáneamente en dos lógicas narrativas antagónicas. Los elementos esenciales del cuento tienen doble función y son usados de manera distinta en cada una de las dos historias. Los puntos de cruce son el fundamento de la construcción.

La versión moderna del cuento que viene de Chéjov, Katherine Mansfield, Sherwood Anderson, el Joyce de Dublineses, abandona el final sorpresivo y la estructura cerrada; trabaja la tensión entre las dos historias sin resolverla nunca. La historia secreta se cuenta de un modo cada vez más elusivo. El cuento clásico a lo Poe contaba una historia anunciando que había otra; el cuento moderno cuenta dos historias como si fueran una sola.

Las analogías de la *Tesis del cuento* con el juego de narrativas que presenta Puente Pueyrredón son muy fértiles. Para el argumento que me ocupa, quisiera plantear que hasta la *emergencia* de las fotografías la forma dominante del relato se condice con la versión moderna del cuento. Si la Historia 1 es la versión oficial, la Historia 2 (la verdad de la violencia policial) estaba cifrada pero no develada en la 1, algunas marcas en los relatos (ej. la resonancia cercana del 19 y 20 de diciembre) son indicios sólo para el lector entrenado. Así, la Historia 2 se insinúa sólo como sospecha y, sin evidencias, la Historia 1 se cierra como oficial.

Sin embargo, la circunstancia de la aparición pública de las fotos de la ejecución de Santillán y de la agonía de Kosteki devuelven el relato a un formato clásico: la Historia 2 emerge como “sorpresa”. Estaba “efectivamente” en la Historia 1: estaban todos los personajes relevantes, las víctimas, los victimarios, la “sangre polivalente”. Si se relee el cuento se encontrarán las marcas de la Historia 2: *el asesino era el policía*.

Los variados esquemas tomados de diferentes disciplinas (los que aquí expongo y otros) que he aplicado para comprender la forma en que se han tejido las narrativas en torno de Puente Pueyrredón recurrentemente me han servido para apreciar que las imágenes

presentan un hecho político de una densidad tal que debe ser abordado como acontecimiento, antes que como “un dato”. Los esquemas que ayudan a pensar los hechos hasta la aparición de las imágenes, no dan cuenta del proceso que siguió a la contradicción flagrante entre el discurso oficial y las evidencias fotográficas.

Hablar de “publicación” o “aparición” de las imágenes implica una reducción de este acontecimiento que obtura la apreciación de la densidad de este Hecho y oscurece la condensación de rutinas y relaciones que aparecen objetivadas en la imagen-objeto o en la *publicación* como dato sincrónico.

Del planteo de este apartado quiero señalar que es necesario dar cuenta de este acontecimiento desde las lógicas propias del caso, de los actores (particulares e institucionales) que en él convergen. Mi propuesta es *dar cuenta* a través de indagar en la *emergencia de las imágenes*.

Con la figura de la “emergencia” pretendo dar cuenta de un entramado de rutinas, acciones, procesos, tiempos, usos, que aparecen condensados en las “imágenes”. Implica separar la imagen como objeto (*las imágenes*, claro) de las imágenes como acción⁷¹, como acciones. La imagen-objeto, las imágenes en sí, requiere el análisis de sus rasgos y patrones formales, su “intertextualidad”. La imagen-acción, “la praxis de la imagen” (Belting, 2009: 8) implica pensar en actores, en rutinas, en procesos que dieron lugar a la producción misma de las imágenes; al entramado político-periodístico que

⁷¹ En 1936, Jean-Paul Sartre en su ensayo filosófico *L'Imagination*, ya plantea: “La imagen es un acto y no una cosa. Una imagen es una conciencia de algo” (traducción de la octava edición en inglés de 1981).

medió entre la producción de las imágenes y su reproducción mediática, al impacto de la publicación. Y, luego, a su interpelación en términos de evidencia durante la investigación judicial y el juicio oral. La propuesta es volcar las imágenes en un eje diacrónico que dé cuenta de su historia, en un sentido que abarque sus soportes, su materialidad y su idealidad.

Lo que puede presentarse como un dato sincrónico, “la publicación de las imágenes” como un corte en el caso, adquiere continuidad cuando se lo somete a un análisis en términos de la acumulación de acciones condensadas en su producción, su reproducción, sus recepciones, sus pasajes entre soportes (rollo fotográfico, en medios alternativos, en televisión, en papel diario, en expedientes, en discursos), su entidad como objeto de peritajes, su entidad en cuanto evidencia (así política, como judicial). Esta perspectiva relaciona a numerosos, incontables, agentes involucrados en las instancias de producción, de edición *en vivo*, de transmisión, de edición, de almacenamiento, de proyección, periciales, judiciales y las formas particulares de recepción que acompañan cada instancia.

Reflexiones finales sobre la convergencia dinámica entre narrativas

El título de este artículo refiere a la *disputa* entre narrativas, esta referencia pretende destacar el carácter político de los diferentes posicionamientos respecto del uso de la fuerza en el contexto de protestas sociales y ciertas transiciones que considero que tuvieron un momento clave en los pasajes analizados.

Sin embargo, esta disputa no debería considerarse simple o

estrictamente como una competencia entre formas de relatar los hechos, como una pugna por la imposición de una narrativa sobre la otra. La disputa debe dar más bien cuenta del carácter constitutivo que una narrativa predominante y su falsación tuvieron en el fortalecimiento de otra versión de los hechos. Cuando desde la antropología Marshall Sahlins analiza la muerte del capitán Cook (1997: 126) utiliza el concepto de *convergencia* para explicar el desenlace fatal en relación con el *encuentro* entre teologías y creencias de los hawaianos y los británicos: “Los mitos no eran sólo hawaianos. Estaba también el folklore británico *complementario*” (p. 106; énfasis propio). Me interesa destacar la convergencia, el empalme, la complementariedad y la mutua constitución como parte de la disputa por la narratividad predominante.

El solapamiento puede verse en un grado extremo en el caso de La Nación, cuya persistencia argumental utiliza las muertes como un refuerzo de su posición (anterior). Puede pensarse como una *negación implicatoria* al extremo: mientras el medio no tiene responsabilidad directa (política, penal) en los hechos de violencia policial, no sólo no rinde cuentas de la falsedad de su discurso frente a las evidencias, sino que procura incluirlas como un punto más a favor de su planteo.

Al dejar de lado una mirada en la que las narrativas se excluyen en forma estanca y suplementaria, por una que supone una trama de relaciones más compleja, de contrastes y oposiciones que resultan preformativos de narrativas, discursos e identidades políticas, podemos ver que diferentes aspectos de la narrativa que señalaba la violencia piquetera como desestabilizante del gobierno, primero, y como homicida después, potencia el

relato posterior sobre la violencia de Estado. Pensemos en el notable hecho de que sea el mismo Franchiotti quien protagoniza ambas narrativas, en una como héroe-víctima y en la otra como victimario. Este pasaje entre una y otra narrativa, este quitarle la máscara de justo al asesino, la mirada que se desplaza del ojo de Franchiotti a la sonrisa de Quevedo, de la sangre de Franchiotti a la sangre de Kosteki –o del pasaje entre diferentes valoraciones de la sangre del policía–, establecen una trama de relaciones entre narrativas mucho más significativa que la imposición de una sobre la otra.

Se trata de movimientos antitéticos en los que el contraste entre los rasgos relevantes en términos de narratividad de la violencia se potencian. La nueva política será aquella del *control* del uso de la fuerza frente al *descontrol* policial del que los siguientes gobiernos se pretenden despegar: “Cada historia es siempre una disputa entre versiones relativas, ‘es una historia contada contra los otros’” (Eilbaum, 2009). La narrativa del control del uso de la fuerza se erige en gran parte en oposición a la anterior y toma, se alimenta de, capitaliza políticamente, la mentira que ha quedado expuesta en el contraste entre las declaraciones y las imágenes.

Las imágenes patentes de la ejecución policial de Santillán, de la muerte de Kosteki frente a la indiferencia o a la *crueledad* policial, la refutación ante la opinión pública uno a uno de los rasgos que sostenían la versión oficial, presentaron la falsedad del “juramento colectivo” sostenido por una clase política y mediática que se había replegado en defensa de “los agentes de seguridad”. El lugar de las imágenes de la estación en esta trama nos habla de la vigencia de “la verdad” en la política actual, y desestima un

relativismo político que anule la evaluación de las palabras en términos de su veracidad o falsedad. El lugar de la evidencia se sobrepone a la verosimilitud. Dice Eilbaum que “el discurso está siempre moldeado por esa lógica segmentar de la verdad y la mentira, la legitimidad de las versiones siempre estará relacionada con las posibilidades de sustentarlas (la credibilidad transmitida, las pruebas, su coherencia, entre otros factores)”. Y, al tratarse de imágenes, nos encontramos frente a la ilusión de “instantes de verdad” (Arendt, 1966: 257-258, citado en Didi-Huberman: 2003, 56). Un tipo de testimonio que sobrevive al testigo imposible y completa lagunas del testigo sobreviviente. La imagen tiene su potencia, su existencia y su esencia particulares como testimonio. Puede operar como una mediación entre las palabras y las cosas, puede asir el lazo que las une, como puede probar la interrupción.

Este artículo se pregunta por las dinámicas entre narrativas, pero la indagación misma presenta los límites de abordar estas dinámicas sólo en las narrativas resultantes y abre líneas de investigación que demandan otras herramientas. Los actores y procesos que dan lugar a los relatos, a sus versiones y variaciones no se sirven solamente de prácticas discursivas, aunque sí las marcan y las habitan. El análisis de las marcas que han quedado en el discurso es un momento válido de la investigación, que no debería llevar a confundir la huella con la acción que la imprime.

Bibliografía

Agamben, Giorgio [1999] (2000). Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III Valencia, Pretextos.

- Belting, Hans (2009), *Antropología de la imagen*, Katz Editores, Madrid [Trad. Vélez Espinosa, Gonzalo María].
- Bobbio, Norberto (1979). *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Barcelona, Gedisa.
- Centro de estudios legales y sociales /CELS, (2003), *El Estado frente a la protesta social 1996–2002*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Cohen, Stanley (2001). *States of Denial. Knowing about Atrocities and Suffering*, Polity Press–Blackwell Publishing, Cambridge.
- Didi-Huberman, Georges. (2004) [2003]. *Images malgré tout* [cito por la edición castellana *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Barcelona, Paidós. Traducción de Miracle, M].
- Eilbaum, Lucía (2009). “Entre el barrio y Tribunales: sobre las causas judiciales y las tramas de relaciones sociales en casos penales en la justicia de la provincia de Buenos Aires”, ponencia presentada en la VIII Reunión de Antropología del Mercosur, 29 de septiembre al 2 de octubre de 2009, Buenos Aires, Argentina.
- Elias, Robert (1997). “A culture of violent solutions”, en TURPIN, Jeniffer y Kurtz, Lester R. (1997). *The Web of Violence. From Interpersonal to Global*, University of Illinois Press, Illinois.
- Fernández, Gerardo (2007). “El Desarrollo de Tareas de Inteligencia sobre manifestantes y organizaciones sociales”, presentado en el encuentro *La justicia frente a la protesta social en Argentina*, organizado por el CELS el 3 de julio de 2007.
- Gellner, Ernest (1997). *Antropología y Política. Revoluciones en el bosquecillo sagrado*, Barcelona, Gedisa.
- Habermas Jürgen [1981] (1990). *Theorie des kommunikativen Handelns* (Bd.1: Handlungsrationalität und gesellschaftliche Rationalisierung, Bd. 2: Zur Kritik der funktionalistischen Vernunft), Frankfurt a.M. [cito por la edición española *Teoría de la acción comunicativa*, Tomo I y Tomo II, Taurus, Madrid].
- Martínez, María Josefina y Eilbaum, Lucía (1999). “La violencia policial en Argentina. Un debate sobre las visiones del problema y las políticas posibles”, desarrollado en el marco del Proyecto *Policía y Sociedad Democrática*, con participación del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Viva Río-ISER y el Instituto de Defensa Legal coordinados por el Centro de Estudios para el Desarrollo (CED).
- Perelman, Marcela (en prensa). “La Protesta social como acción irregular. Vigencia de la figura del partisano en la mirada policial sobre los manifestantes piqueteros en Argentina”, en *Revista Colombiana de Antropología*.
- Perelman, Marcela (2008) “La crueldad y otras dimensiones de excepcionalidad en discursos sobre hechos de violencia”, en *Revista Katálysis*, Vol. 11 15 12, pp. 167-176.
- Pita, María (2007). *Formas de morir y formas de vivir: los familiares de víctimas de la violencia policial*, Tesis Doctoral en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Sahlins, Marshall (1997). *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa.
- Sartre, Jean-Paul (1981) [1936], *L'imagination*, Volumen 1 de *Quadrige*, PUF (Presses universitaires de France), Paris.
- Segato, Rita (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes. Citado en BRIONES, Claudia (2003). “La violencia está en los otros”, presentado en el Encuentro *Opinión pública, sentido común, violencia y*

derechos humanos, organizado por CELS, Buenos Aires.

Smith, Philip (1997). "Civil Society and Violence: Narrative forms and the Regulation of Social Conflict", en turpin, Jeniffer y KURTZ, Lester R. (1997). *The Web of Violence. From Interpersonal to Global*, University of Illinois Press, Illinois.

VAN DIJK, Teun A. (2003). *Ideología y discurso*, Ariel Lingüística, Barcelona.

Notas de prensa, (sólo aquellas citadas)

Clarín, 27 de junio de 2002, "La violencia no sorprendió a la SIDE ni a la Policía".

_____ 29 de junio de 2002, "Ya son tres los policías bonaerenses detenidos".

_____ 30 de junio de 2002, "Qué pasó en Avellaneda, la estación de la muerte".

La Nación, 27 de junio de 2002, "Crónica de una violencia anunciada".

_____ 27 de junio de 2002, "Dos muertos al enfrentarse piqueteros con la policía".

_____ 27 de junio de 2002, "Duhalde pidió investigar los hechos de violencia".

_____ 27 de junio de 2002, "El puente Pueyrredón fue un amasijo de palos, piedras y balas".

_____ 27 de junio de 2002, "Golpearon a un jefe policial en un hospital".

_____ 27 de junio de 2002, "Matzkin: 'No hay lugar en nuestra Argentina para los violentos'".

_____ 28 de junio de 2002, "Desterrar la violencia".

_____ 29 de junio de 2002, "Duhalde: 'Fue una cacería atroz'".

_____ 29 de junio de 2002, "Solá: 'Franchiotti me mintió; contó sólo una parte de la verdad'".

_____ 29 de junio de 2002, "La búsqueda de la paz social".

_____ 3 de julio de 2002, "Las razones para dejar el poder".

_____ 3 de julio de 2002, Rosendo Fraga, "El conflicto social marcará en adelante los tiempos en el almanaque de la política".

_____ 30 de junio de 2002, "'Repudio total a las actitudes de violencia'".

_____ 30 de junio de 2002, "La política de seguridad será más tolerante".

_____ 30 de junio de 2002, "Retrocede la tesis del complot de piqueteros".

La Vaca.org, 19 de noviembre de 2005, "Dos tipos audaces (y cínicos)".

Página/ 12, 16 de abril de 2005, "Camila, Ezequiel, Darío, Maximiliano".

_____ 27 de junio de 2002, "La cacería policial terminó con dos muertos a balazos".

_____ 29 de junio de 2002, "El día que el Gobierno reconoció que hizo 'todo mal, un desastre'".

_____ 3 de julio de 2002, "La violencia siempre es piquetera para el Gobierno".

_____ 8 de julio de 2005, "'Poner escollos es ser como 'El Padrino'".

Prensa de Frente, Diario del juicio, 23 de Noviembre de 2005, "Declaró el imputado Quevedo y Fanchiotti desistió de ampliar su testimonio".

_____ Diario del juicio, 25 de Agosto de 2005, "El Gobierno había llegado a un punto sin retorno. Se preveía la represión" declaró el fotógrafo que estuvo en la estación. Esta fuente reproduce el testimonio del fotógrafo Sergio Kowalewsky, quien registro la ejecución de Darío Santillán.